

Lo que la Literatura puede aportar a la Psicología Social

Anastasio Ovejero
Universidad de Valladolid*

"Contributions of Literature to Social Psychology".

PALABRAS CLAVE:

psicología social y literatura, construcción del sujeto, diferentes tipos de lectura, tipos de lectores, lectura digitalizada.

KEYWORDS:

social psychology and literature, subject's construction, different kinds of reading, different kinds of readers, digital reading.

RESUMEN:

Existen básicamente dos tipos de psicología. Una *psicología intuitiva* y una *psicología académica y profesional*. Aunque las dos van por caminos diferentes, no tienen por qué contradecirse. Por el contrario, pueden apoyarse mutuamente. A mi entender, lo mejor de la psicología intuitiva, que se encuentra en la literatura y particularmente en la novela, puede serles de gran ayuda a los psicólogos académicos y profesionales. Pues bien, lo que en este trabajo se pretende es mostrar argumentos a favor de la gran utilidad que tiene la psicología encerrada en la literatura para los psicólogos sociales, sobre todo a dos niveles. En primer lugar, a nivel de la construcción del sujeto moderno y de la misma subjetividad y, por tanto, también del surgimiento de la propia psicología; y en segundo lugar, a nivel de los temas que estudian los psicólogos, sobre los que los escritores nos han ido proporcionando tantas intuiciones y descripciones provechosas (amor romántico, celos, infidelidad, remordimientos, emociones, sentimientos de venganza, relaciones humanas, ...).

ABSTRACT:

There are two main kind of psychology: a *intuitive psychology*, and an *academic and professional psychology*. These two psychologies are different, but they can make important reciprocals contributions. And the best of the intuitive psychology, that in my opinion is in the literature and overall in the romance, can be very useful for professional psychologists. The main end of this paper is to show how the social psychologists can learn from the intuitive psychology of the great romances. This contribution of the romance to the social psychology is, at least, at these two levels. At the level of construction of the subjectivity and the modern subject and the, therefore, of the psychology's arise, and at the level of some concrete subjects studied by the psychologists (romantic love, jealousy, infidelity, compunction, emotions, vengeance, human relations...).

Introducción

Se pretende en este trabajo mostrar la gran utilidad que puede tener para el conocimiento psicosociológico del ser humano el estudio de las relaciones entre la psicología social y la literatura, señalando la utilidad de la lectura literaria, particularmente de la novela, para los psicólogos y para los psicólogos sociales. En efecto, un análisis psicosocial serio de la novela pone a nuestra disposición el amplio y profundo conocimiento psicológico que encierran las grandes obras literarias, a la vez que nos puede ser de gran provecho conocer cómo estas obras han ido reflejando cada época en que han sido escritas y, sobre todo, su incidencia en la personalidad de los lectores, en su mentalidad, en su forma de comportarse y hasta

en su manera de relacionarse entre sí. Todo ello sería de gran ayuda para los psicólogos sociales que quieran ir más allá de la perspectiva positivista en la que nuestra disciplina se ha instalado.

Puesto que todo lo humano (sentimientos, emociones, pensamiento, acción) es intrínsecamente psicosocial, también la novela, que se centra básicamente en los sentimientos, emociones y conductas, es una forma de hacer psicología social. Esta relación entre literatura y psicología social es tan obvia, necesaria y natural que no tendría mucho sentido gastar mucho tiempo en explicarla, y habría que pasar directamente a explicitar ejemplos concretos de esa relación. Por ejemplo, a mi modo de ver, el *Quijote* es, en cierta medida, un libro de psicología social de la vida cotidiana de una época, como tantos

* Fecha de recepción: 31/01/2012
Fecha de aceptación: 19/04/2012

* Correspondencia:
A. Ovejero
Facultad de Ciencias del Trabajo
Avda. de Madrid, 44
34004 - Palencia
E-mail: tasio@psi.uva.es

y tantos otros libros de literatura. Por otra parte, como le ocurre a cualquier aficionado a leer, mis intereses literarios son tan amplios (Cervantes, Balzac, Dickens, Galdós, Proust, Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Juan Rulfo, Valle Inclán, Jorge Amado, García Márquez, Delibes, etcétera), que me sería muy difícil analizar la psicología social encerrada en la obra de cada uno de estos autores. Así, en el caso de Miguel Delibes, tres grandes constantes aparecen repetidamente en sus libros (la muerte, el mundo rural y provinciano, y el paisaje castellano), y con ellas construye el escritor vallisoletano todo un mundo de relaciones interpersonales, siempre con el paisaje no como un mero y mudo testigo, sino como el auténtico forjador de una forma de ser, de comportarse y de relacionarse los protagonistas de tales libros. No resultaría fácil analizar aquí todo ello y repetirlo con cada uno de los autores que me interesan y que leo a diario, de tantos como son y de tantos temas psicosociales como tocan. Pero sí haré un análisis general de la utilidad para los psicólogos sociales de la lectura literaria, particularmente de la novela.

Más en concreto, ¿cómo podrían la psicología y la psicología social prescindir de la literatura si ellas mismas son una modalidad de literatura? Más aún, ¿cómo podría la psicología social constructora prescindir de la literatura —y de la historia— si como escribe Suárez Cortina (2006, pág. 16), «historia y literatura conformaron —y conforman— dos ingredientes centrales en la construcción social de la realidad»? A mi juicio, y como ya he mostrado en trabajos anteriores (Ovejero, 2007a, 2007b, 2008, 2009), la literatura, principalmente la novela, constituye una rica fuente de conocimientos, de hipótesis y de sugerencias enormemente útiles para los psicólogos, especialmente para los psicólogos sociales. En efecto, podemos decir que existen básicamente dos tipos de psicología: la académica y/o profesional, que comenzó en Estados Unidos

hace alrededor de un siglo, aunque con importantes antecedentes europeos (Jahoda, 2007; Ovejero, 2011), y la psicología «intuitiva», la que hacen la mujer y el hombre de la calle (la madre cuando intenta entender la conducta de su hijo, el muchacho cuando pretende interpretar la conducta de su novia, el niño cuando intenta saber si le resulta más fácil conseguir lo que quiere pidiéndoselo al padre o dirigiéndose a la madre, los jóvenes cuando reflexionan sobre la más eficaz manera de cortejar para buscar pareja, el comerciante cuando analiza cuál es la mejor estrategia para vender un producto, el vendedor de casas cuando quiere negociar con éxito una operación de compraventa, el entrenador de fútbol cuando intenta cohesionar al equipo para mejorar su rendimiento deportivo, etcétera). Aunque se trata de dos psicologías diferentes, no tienen por qué ser incompatibles. Por el contrario, a mi entender, las dos ganarían mucho si conocieran bien los principios y estrategias de la otra. Si las teorías, los principios y las estrategias de la primera se encuentran en los textos académicos al uso, los de la segunda (que no tiene teorías, pero sí se conduce por principios y sobre todo por estrategias) se encuentran principalmente en la conducta de quienes la ejercen y en las grandes novelas, cuyo análisis podría ser muy fértil para los psicólogos (también sería de gran utilidad el estudio de las biografías y de las autobiografías). En este trabajo, aunque sin la profundidad que merece la complejidad del tema, pretendo centrarme en la indiscutible utilidad de la novela literaria para la psicología académica y profesional.

Principales aportaciones de la novela a la psicología social

Es evidente que si la literatura ha ejercido una gran influencia sobre el hombre moderno y sobre su manera de ser y de comportarse, lo ha hecho a través no tanto del libro en sí cuando

de la *lectura de los libros*. Por ello, para conocer bien la influencia que la literatura ha tenido en las personas, habría que conocer primero la historia de la lectura, para lo que se haría necesario analizar también la historia del libro (véase Chartier, 1993): el auténtico desarrollo del libro y de su impresión (y por tanto, el desarrollo de la propia lectura) no tuvo lugar hasta la segunda mitad del siglo XIX y más aún en el XX. Por ejemplo en España, en los siglos XVI y XVII, aunque ya estaba inventada la imprenta, todavía se leía muy poco, a causa de una serie de hechos como las altas tasas de analfabetismo, la carestía de los libros, o la ausencia de bibliotecas públicas (véase Chevalier, 1976).

Pues bien, las aportaciones que la novela puede hacer a los psicólogos sociales se encuentran, a mi modo de ver, principalmente a estos dos niveles:

a) *A nivel de la construcción misma del sujeto moderno*, que fue precisamente lo que, a la postre, hizo posible y hasta necesaria la aparición de la psicología y de la psicología social. Sería de gran utilidad para los psicólogos analizar el tipo de sujeto a que llevó la imprenta a través de la posibilidad que dio a millones de personas de leer y de elegir sus lecturas. Como claramente exponía Foucault en su libro *La verdad y las formas jurídicas* (1995, págs. 16-17), «sería interesante que intentáramos ver cómo se produce, a través de la historia, la constitución de un sujeto que no está dado definitivamente, que no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia, sino de un sujeto que se constituyó en el interior mismo de ésta y que, a cada instante, es fundado y vuelto a fundar por ella. Hemos de dirigirnos, pues, en la dirección de esta crítica radical del sujeto humano tal como se presenta en la historia... Esto es, en mi opinión, lo que debe llevarse a cabo: la constitución histórica de un sujeto de conocimiento a través de un discurso tomado como

un conjunto de estrategias que forman parte de las prácticas sociales... todas estas prácticas regulares modificadas sin cesar a lo largo de la historia —creo que son algunas de las formas empleadas por nuestra sociedad para definir tipos de subjetividad, formas de saber y, en consecuencia, relaciones entre el hombre y la verdad que merecen ser estudiadas». Y entre tales prácticas sociales, una de las más influyentes en la constitución de la subjetividad y del sujeto moderno ha sido precisamente la *lectura extensiva* que la invención de la imprenta hizo posible hace solo cinco siglos y medio, aunque no empezó a ser una realidad hasta bien entrado el siglo XIX, cuando la industrialización de la edición de libros fue un hecho. En todo caso, aunque el análisis de lo que acabo de decir exigiría la investigación profunda y larga en campos tan diversos como la historia, la sociología o la psicología social, por no mencionar sino solo tres, aquí se mostrarán algunos análisis psicosociales que nos indiquen algunos de los caminos por los que debería ir la psicología social si realmente quiere dar cuenta cabalmente del que, a mi juicio, debería ser uno de sus principales objetivos: cómo hemos llegado a ser las personas que somos actualmente, es decir, cómo se ha constituido el hombre moderno. En este sentido, yo no dudaría en calificar *El mundo social de la Celestina*, de José Antonio Maravall (1972), como un libro de la mejor psicología social que se ha hecho, dado que en él su autor muestra claramente cómo en *La Celestina*, considerada la primera novela occidental, ya mostraba Fernando Rojas la construcción social de la subjetividad moderna, es decir, explicitaba el proceso de construcción del individuo moderno que, a la postre, haría posible el nacimiento de la propia psicología.

Ciertamente, el sujeto moderno es el resultado directo del individualismo, que aunque venía de atrás,

¹ La *lectura intensiva*, que se dio prácticamente hasta la segunda mitad del siglo XIX, consistía en leer muchas veces un solo libro o muy pocos, que generalmente eran de tema religioso, mientras que la *lectura extensiva* consiste en leer una sola vez muchos libros, que suelen ser de temática muy variada.

fue potenciado por el capitalismo y el triunfo de la Revolución industrial, así como por la Ilustración, ambas cosas no ajenas al auge de la industria del libro y de la lectura. Por otra parte, y a la inversa, también es verdad que la lectura sirvió para fortalecer al propio sistema capitalista, pues, de alguna manera, entrenaba a los lectores para el esfuerzo y la disciplina, dos características tan necesarias para el buen funcionamiento de las fábricas y, por tanto, absolutamente esenciales para el triunfo del capitalismo. Y a la vez, la «lectura moderna», en silencio y casi siempre en soledad, incrementó aún más el individualismo. Todo ello explica cómo la lectura literaria facilitó el desarrollo del capitalismo a través de la construcción de un sujeto aislado y cada vez más solo, aunque también el paso de la tradicional lectura intensiva a la posterior lectura extensiva fue construyendo un sujeto cada vez más libre y más crítico, cada vez menos apegado a las tradiciones. En efecto, en la nueva situación, a partir de mediados del siglo XIX, «los lectores no leían lo que les recomendaban las autoridades o los ideólogos, sino lo que satisfacía sus necesidades concretas emocionales e intelectuales, sociales y privadas» (Wittmann, 2001, pág. 537). Ello, el incremento de la lectura y de los lectores así como la libertad de elegir lo que se quería leer, es lo que potenció la industria de la edición y el surgimiento de novelistas de la talla de Dickens, Balzac, Manzoni o Galdós, por no mencionar sino solo a algunos de los más representativos.

Fue, por tanto, el enorme incremento del número de «lectores extensivos» que se produjo hace unos 150 años lo que hizo que fuera siendo cada vez más necesaria la construcción de una psicología y de una psicología social que dieran cuenta de la gran heterogeneidad de sujetos que estaba contribuyendo a construir tal tipo de lectura. Porque hay muchas formas

de leer y muchos tipos de lectores y, por tanto, también diferentes formas de construcción del sujeto moderno. Y fue en las ciudades donde principalmente se inició y se desarrolló tal fenómeno. En efecto, las novelas de Dickens tienen casi siempre el mismo escenario, el Londres de la miseria de la Revolución industrial, mientras que Balzac ya coloca a la ciudad, en este caso París, como protagonista de la vida humana, como el escenario ideal de la «comedia humana». Poco después, Freud y el psicoanálisis —y con ellos la psicología en su conjunto— serán posibles precisamente por el protagonismo que la ciudad ya había alcanzado y sobre todo por los hábitos que la ciudad había introducido en la vida social, principalmente en lo referente a la secularización y la individualización, que no en otra cosa consiste el proceso de civilización (Elias, 1993). De hecho, como afirma Sennett (2001, pág. 343), en este nuevo contexto, es el contrato y no la tradición «el modo básico de las relaciones sociales», lo que, por otra parte, y como señaló perfectamente Maravall (1972), ya estaba claramente esbozado en *La Celestina* (1499), novela que también enmarca en la ciudad los avatares humanos que en ella se desarrollan. Todo ello es lo que fue haciendo ya no solo posible, sino incluso necesario, el surgimiento de la psicología, dado que había que explicar el hombre nuevo que estaba siendo construido por unas nuevas relaciones sociales. De ahí que tanto la lectura extensiva de literatura así como el propio psicoanálisis y la psicología fueran cosas de ciudad (véase Pérez Álvarez, 1992; Ovejero, 2007c, 2007d). Y de ahí también la importancia de la literatura para entender al hombre moderno.

Literatura, psicología y modernidad, tres términos que han ido históricamente unidos y que, juntos, han desempeñado un importante papel en la construcción de la subjetividad moderna y, por tanto, también en el individualismo que tan útil le ha sido al capitalismo para alcan-

zar sus objetivos básicos. Pero siempre dándose todo ello en el escenario de la ciudad. En efecto, la ciudad es el ámbito donde se desarrollan las peripecias humanas contadas en la mayoría de las grandes novelas del siglo XIX, y la ciudad era el paisaje central de *La Celestina*, novela en la que ya aparecían temas tan modernos como «la transformación de la clase ociosa y la alta burguesía», «el afán de lucro y la economía dineraria», «el individualismo y el sentimiento de libertad» o la consiguiente «protesta contra la determinación social de la persona» (véase Maravall, 1972), mientras que para Balzac, «la ciudad moderna con su cultura de movilidad voraz era realmente una revelación de la psique humana totalmente emancipada de obligaciones estables, deberes, contactos feudales y vínculos tradicionales. En la ciudad, las corrupciones mezquinas, las pequeñas crueldades insensatas, los desprecios aparentemente insignificantes llegaban a constituirse en absolutos morales: ya no existía ningún principio trascendente de Rey o Dios que se opusiera a estas crueldades. Por lo tanto, la ciudad exponía todas posibilidades de la psicología humana; o sea, cada escena tenía un significado porque ningún principio fuera del deseo humano hacía que esto ocurriese» (Sennett, 2001, págs. 346-347). Más aún, como añade Sennett (2001, págs. 355-356), «en la propia obra de Balzac, las vestimentas son un tema favorito para mostrar la presencia de la personalidad individual en todas las apariencias. Las vestimentas no solo revelan el carácter de aquéllos que las visten; los cambios en el vestuario incitan a los personajes de Balzac a creer que se han transformado en nuevas personas».

b) *A nivel del análisis y estudio de la conducta humana*: antes de que existiera la psicología como disciplina académica y profesional han sido muchísimos los hombres y las mujeres que se han ocupado de pensar muy seria y profun-

damente en las cuestiones que luego serían las propias del oficio de psicólogo (las relaciones humanas, el amor, la amistad, la felicidad, la conducta altruista, el comportamiento agresivo y violento, la traición interpersonal, etcétera). Por ejemplo, sobre el amor hay muchas más y mucho más interesantes páginas en la novela del siglo XIX que en los tratados de psicología. De la misma manera, podemos decir que en la literatura de autores como Dostoievski hay más y más interesante psicología criminal que en algunos libros de psicología. Sin embargo, la cosa no es elegir entre los libros de psicología (que también los hay de calidad) y los de literatura. La cuestión básica aquí, especialmente para los psicólogos, es ser capaces de aprovechar las aportaciones de la literatura.

Utilidad de la novela para los psicólogos sociales

La novela surge como una de las consecuencias de las profundas transformaciones sociales y culturales que conllevó el origen y desarrollo del capitalismo y el subsiguiente colapso de las estructuras económicas y sociales medievales, como se constata, por ejemplo, en *La Celestina*, obra que, por ello, fue todavía poco leída en la España del siglo XVI (véase Chevalier, 1972). Sin embargo, en las ciudades renacentistas ya existía una minoría que leía libros, minoría que comenzaba a ser muy influyente. Además, como señala Chartier (2001, pág. 483), la práctica de la lectura oral o escrita, «creaba, por lo menos en las ciudades, un amplio público de 'lectores' populares que incluía tanto a los semianalfabetos como a los analfabetos y que, gracias a la mediación de la voz lectora, se familiarizó con las obras y los géneros de la literatura culta, compartida mucho más allá de los círculos doctos». Más en concreto, «dada la importancia que la voz seguía teniendo en la transmisión

de los textos, el público de la literatura escrita no se limitaba a sus 'lectores', en el sentido moderno de la palabra, sino que se extendía a un elevado número de oyentes. Cada ejemplar de un impreso o manuscrito era virtual foco de irradiación, del cual podían emanar incontables recepciones, ya por su lectura oral, ya porque servía de base a la memorización o a la repetición libre. El alto grado de analfabetismo no constituía en principio, pues, un obstáculo para la existencia de un público muy numeroso: bastaba con que en una familia o en una comunidad hubiese una persona que supiese leer para que, virtualmente, cualquier texto llegara a ser disfrutado por muchos» (Frenk (1982, págs. 115-116). Sin embargo, como escribe Hauser (1993, pág. 199), «la nivelación cultural se expresa en Inglaterra del modo más sorprendente en la formación de un nuevo y regular público lector, lo que significa un círculo relativamente amplio que compra y lee libros de manera regular y asegura de este modo a un cierto número de escritores una forma de vida independiente de obligaciones personales. La existencia de este público está condicionada sobre todo por la aparición de la burguesía acomodada, que rompe las prerrogativas culturales de la aristocracia y manifiesta por la literatura un vivo interés, constantemente creciente. Los nuevos fomentadores de la cultura no muestran ninguna personalidad individual que sea lo suficientemente rica y ambiciosa para poder actuar de mecenas, pero son lo bastante numerosos para garantizar al mantenimiento de los escritores la necesaria venta de libros». Ello tuvo lugar primero en Inglaterra, luego en Francia y después ya en toda Europa, a lo largo del siglo XVIII y sobre todo del XIX, y más aún ya en el siglo XX. Durante la segunda mitad del siglo XIX la novela fue ya muy influyente en las costumbres de las personas urbanas y hasta en las modas,

abriendo las puertas, como ya he dicho, al surgimiento del psicoanálisis y de la propia psicología.

Pero la utilidad de la novela para los psicólogos proviene no solo de la sutileza y profundidad de los análisis que los novelistas hacen de la conducta humana y de sus emociones y relaciones interpersonales, sino también del casi infinito número de temas que tocan. Me decía un buen amigo mío, catedrático de psicología social para más señas y viajero empedernido, que el viajar es algo maravilloso porque es como leer. Yo le respondí que, efectivamente, viajar es como leer, pero que también es cierto que leer es como viajar. Ambas actividades nos permiten ir más allá de nosotros mismos y salir de nuestro mundo para ver lo que existe más allá de él, lo que, evidentemente, supone un aprendizaje de primer orden. La lectura constituye un viaje fantástico que tiene incluso algunas ventajas sobre el viajar, puesto que con la lectura podemos viajar no solo en el presente, sino también hacia el pasado y hasta en el futuro. Así, el *Quijote* nos lleva a vivir el final del siglo XVI y los primeros años del XVII de una forma tan rica que tal vez no pudieron vivirla ni siquiera los coetáneos de Cervantes, pues nosotros tenemos a nuestra disposición la sensibilidad del genial escritor. Igualmente, con Balzac podemos revivir plenamente, y en sus múltiples facetas, la vida parisina del siglo XIX. Y *Fortunata y Jacinta* nos permite vivir el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX con la misma capacidad de observación minuciosa y tan rica en matices psicológicos que tenía el propio Galdós.

Pero es que la lectura nos permite no sólo viajar al pasado —y al presente— sino también, en algunas ocasiones, al futuro. Así, los lectores de Julio Verne pudieron vivir, hace ya casi 150 años, algunas de las situaciones hoy día presentes. Y es que si los viajes, sin ninguna duda, nos enriquecen como

personas, lo mismo hace también la lectura. Y con otra ventaja añadida, entre otras muchas: los libros nos permiten viajar por la mañana a la España de los Austrias, a través por ejemplo de Lope de Vega, por la tarde vivir la sordidez del franquismo con *Tiempos de silencio* de Martín Santos y por la noche, con la ayuda de Eduardo Mendoza y su espléndido *La verdad sobre el caso Savolta*, hacer una incursión por la Barcelona del pistolerismo y el somatén contra el anarcosindicalismo, lo que, a la vez, nos dirá mucho del terrorismo que subyace al desarrollo del capitalismo, lo que nos puede ayudar incluso a entender algunas de las cosas terribles que están pasando actualmente (véase Klein, 2007). Y lo que más debe importarnos como psicólogos sociales: en todos esos libros hay tanta información sobre las relaciones interpersonales que se hace imprescindible para los psicólogos una aproximación detenida a la literatura. Es más, la lectura literaria nos permite también percibir algo tan fundamental para una visión psicociológica de la realidad como es la evolución histórica de la sociedad. Así, en *La Celestina* podemos ver perfectamente, sobre todo si cogemos a José Antonio Maravall (1972) como guía, los efectos psicológicos y psicosociales del cambio brusco que para la sociedad de entonces supuso el paso de la Edad Media al Renacimiento y a los incipientes comienzos del capitalismo.

Otros temas psicosociales en cuyo análisis la literatura podría ser un útil instrumento para los psicólogos sociales es el de la identidad personal, si acudimos a autores como Miguel de Unamuno o Milan Kundera, o las relaciones amorosas, tema tratado por casi toda la novela, ya desde *La Celestina*, pero sobre todo la del siglo XIX (Baudelaire, Balzac, Tolstoi, Galdós, Clarín, Manzoni...), la ludopatía (Dostoievski), los celos (Shakespeare), la psicología del adulterio (Clarín)², etcétera.

Otro tema interesante, bastante novedoso en psicología social, dado su carácter mayoritariamente experimental, es la relación entre literatura, poder y control social. Y es que la lectura, como tantos otros fenómenos fundamentales que han tenido lugar en nuestra historia, son intrínsecamente ambivalentes al menos en el sentido de que sirven para emancipar a los ciudadanos pero, a la vez, son instrumentos poderosos al servicio del poder para conseguir sus objetivos de control social y de vigilancia y domesticación de esos mismos ciudadanos. En efecto, una vez que Gutenberg amplió enormemente las posibilidades de la lectura, pronto el poder utilizó ese nuevo instrumento para sus propios fines, de tal forma que primero comenzó a censurar y reprimir a los autores³, luego se empezó a controlar la lectura por diferentes vías como el mecenazgo, el establecimiento del canon (véase Ovejero, 2007b) o el apoyo oficial a ciertos autores y a ciertos libros, y no a otros.

Diferentes tipos de lectura y de lectores

La escritura —y sobre todo la consiguiente lectura, pues sin lectores tampoco habría escritores— ha sido un invento humano realmente revolucionario, a mi entender tal vez el más revolucionario de todos los inventos, hasta el punto de que, al menos en cierta medida, ayuda a explicar las diferentes formas en que se han organizado históricamente las distintas sociedades (Goody, 1990), por lo que a nadie extrañará la enorme importancia que para las sociedades occidentales supuso la invención y relativamente rápida expansión de la imprenta. Sin la imprenta probablemente la Modernidad no hubiera sido lo que ha sido o incluso tal vez ni habría existido, al menos tal como la hemos conocido, principalmente por estas dos razones: por una parte, sin imprenta el *Estado*

² No es por azar que casi por las mismas fechas en que se publicaron *Madame Bovary* o *La Regenta*, con sus protagonistas enamoradas y adúlteras en el centro mismo de ambas novelas, a Freud le enseñaban sus maestros la importancia de la «cosa genital», lo que, por otra parte, constituyó en gran medida el origen del psicoanálisis (véase Ovejero, 2007c, 2007d) y, en parte, incluso de la misma psicología clínica.

³ De hecho, como señala Chartier (2000, pág. 21), «aun antes de que fuera reconocido el derecho del autor sobre su obra, la primera afirmación de su identidad estuvo asociada a la censura y a la interdicción de textos considerados subversivos por las autoridades, fuera éstas religiosas o políticas». Por tanto, una de las primeras consecuencias serias de la expansión de la lectura fue lo que Michel Foucault llama la «apropiación penal de los discursos», es decir, el hecho de que un autor sea perseguido y condenado por un texto considerado transgresor. Y es que, añade Chartier (2000, pág. 28), «para identificar y condenar a los responsables de esos textos, era menester designarlos como autores. Las primeras apariciones sistemáticas y alfabéticas de nombres de autores se encuentran en los Index de los libros y autores prohibidos establecidos en el siglo XVI por las diferentes facultades de teología y por el papado, luego se las halla en las condenas y en las censuras de los Estados... Antes de ser el poseedor de su obra, el autor se encuentra expuesto al peligro a causa de su obra».

Moderno no hubiera podido desarrollarse como lo hizo; por otra, tampoco el *sujeto moderno* hubiera sido lo que ha sido. Es decir, si la lectura no se hubiera generalizado a todas las capas sociales (véase Chartier, 1993; Giddens, 1995, Olson, 1998), no se habría producido el sujeto moderno ni tampoco, por tanto, la psicología ni la psicología social, al menos tal como las conocemos. Y es que, como certeramente señala Olson (1998, pág. 310), «nuestra moderna concepción del mundo y nuestra moderna concepción de nosotros mismos son, podríamos decir, el producto de la invención de un mundo sobre el papel». Es más, en esta misma línea, también el psicólogo Jerome Bruner (1991; Bruner y Weiser, 1991) ha planteado que la autoconciencia surge a través del relato autobiográfico, en el que uno interpreta una variedad de experiencias desde la perspectiva del «yo» narrativo. Pero ese «yo narrativo» experimentó una enorme expansión justamente a partir de la invención de la imprenta y especialmente a partir de la generalización de la lectura que aquélla facilitó. Ahora bien, si estoy defendiendo la tesis de que la lectura ha tenido y sigue teniendo una gran influencia en la forma de ser y de comportarse los seres humanos, de donde evidentemente deriva su influencia sobre la psicología dado que es ésta la disciplina que estudia el comportamiento humano, también quiero decir que tal influencia depende del tipo de lectura que se haga. No todos los lectores son iguales ni todas las lecturas son la misma. Por el contrario, hay muchas formas de leer y muchos tipos de lectores, y cada forma de leer contribuye de manera diferente a crear también diferentes tipos de sujetos. No es igual la lectura colectiva, como se hacía en los mesones castellanos de los siglos XVI y XVII, que la lectura individual, silenciosa, en soledad y aislamiento que se fue imponiendo a lo largo del siglo XIX y que tanto con-

tribuyó al surgimiento del individuo moderno y, con él, de la propia psicología como disciplina científica e incluso al triunfo del capitalismo.

De hecho, podemos adelantar diferentes líneas de argumentación para mostrar la importancia de la literatura para la psicología y la psicología social. Entre tales líneas habría que destacar, aunque no pueda aquí desarrollarlas, estas cuatro: en primer lugar, la construcción de diferentes tipos de subjetividad e incluso la construcción del individuo moderno; en segundo lugar, el hecho de que las obras literarias han ido proporcionando a los lectores —y tal vez más aún a las lectoras (recuérdese el llamado «efecto Madame Bovary»)— distintos y novedosos modelos de vida; en tercer lugar, los grandes literatos amplían nuestra visión de lo psicosocial, a causa de su gran sensibilidad y a causa también de que, al contrario de tantos psicólogos, ellos no renuncian a la introspección: su observación de cómo funcionan las relaciones humanas unido a la introspección de cómo funcionan sus propios procesos psicológicos y psicosociales con frecuencia les permite conocer la naturaleza humana mejor y más profundamente que lo que hacen muchos psicólogos; y en cuarto lugar, con frecuencia los grandes escritores se han adelantado a los psicólogos sociales en diferentes temas. Así, ya en 1833, sesenta años antes de que Sighele (1892) o Le Bon (1895) escribieran sus conocidos libros sobre «Psicología de las Multitudes», Edgar Allan Poe publicó un relato titulado precisamente «El hombre de la multitud», relato que, curiosamente, se abre con una referencia a la lectura y a la soledad, de manera que podemos decir, con Piglia (2005, pág. 83), que «la noción moderna de multitud aparece por primera vez en ese relato de Poe con la característica del anonimato y de lo legible. La multitud está opuesta al mundo del individuo

privado que mira a través de la vidriera de un café el torbellino de la multitud vespertina de la ciudad».

Es más, es que a través de la lectura, sobre todo de la lectura de novelas, podemos no solo ver a los demás y entender su comportamiento, sino también vernos a nosotros mismos tal como somos y, principalmente, tal como nos ven los demás. «Ese don de vernos como nos ven los otros gracias a un espejo que oculta su condición de tal, es una imagen verosímil de la experiencia de la lectura» (Catelli, 2001, pág. 90). Pero si nosotros, los psicólogos sociales, tenemos mucho que aprender de los grandes literatos, también ellos deberían aprender algo de nosotros. En efecto, como reconocía el autor finlandés Arto Paasilinna, en una entrevista a *El País* (*Babelia*, 3 de marzo de 2007, pág. 8), «la psicología social ayuda a ver la sociedad en sus múltiples dimensiones y, en ese sentido, la novela puede ser escrita como una crítica social digna de tenerse en cuenta».

En todo caso, el impacto que la lectura de novelas empezó a tener en las vidas de los lectores, ya desde finales del siglo XVIII pero sobre todo ya en el siglo XIX, se constata en *Werther* (Goethe, 1772). En efecto, a finales del XVIII se comenzó a leer con tanta afición, aunque todavía de forma nada mayoritaria, que los lectores llegaron a identificarse con los protagonistas de los libros que leían y a imitarles. «De hecho, el efecto más devastador de esa errónea recepción fue una oleada de suicidios entre los lectores del *Werther*. Pero la mayor parte de los lectores se conformaba con una identificación que se plasmaba en signos externos, elevando la vestimenta del héroe (frac azul y pantalones amarillos) a la categoría de emblema de la juventud rebelde, y adquiriendo objetos de culto como la célebre taza de *Werther*. Solo un número reducido conseguía llevar a cabo el proceso de objetivación estética y distinguir entre un mundo ficticio y la

realidad cotidiana. El ejemplo de *Werther* puso de relieve la particularidad de ese nuevo público que probaba nuevas formas de trato con los textos literarios, nuevos modos de lectura y nuevos rituales. Tanto la lectura en grupo como la solitaria adquirieron funciones nuevas, y el público más aficionado a la literatura, es decir, las mujeres, preferían la lectura en común, que favorecía una comunicación inmediata en torno a la lectura. En lugar de la lectura autoritaria declamada, 'frontal', del padre de familia, el clérigo o el maestro, irrumpe ahora una forma de reunión legitimada y formalizada mediante la lectura, cuyo significado radica en la 'experimentación de un juego de papeles empático', es decir, en una vivencia común, controlada y disciplinada, de los textos literarios» (Wittmann, 2001, págs. 516-517).

Fue en el siglo XIX cuando se afianza la revolución lectora y, por tanto, se incrementan los hábitos de lectura, al hilo de la industrialización de la edición de libros, industrialización, por otra parte, que se vio facilitada por el incremento de los lectores y lectoras como consecuencia directa del aumento de la alfabetización en esa época. Así, en la Francia revolucionaria, casi la mitad de la población masculina y casi un tercio de la femenina ya leía, porcentajes que en Gran Bretaña, hacia 1850, eran de un 70% y un 55% respectivamente, siendo tales porcentajes mayores en las ciudades que en el campo. Además del incremento de la alfabetización, la lectura también se vio facilitada por la reducción de la jornada laboral, de forma que «en los primeros años del siglo XIX, la novela impresa rara vez alcanzaba tiradas que superasen los 1.000 o los 1.500 volúmenes. Hacia 1840, las ediciones de 5.000 copias eran más comunes, mientras que en la década de 1870, las ediciones más baratas de Julio Verne poseían tiradas de 30.000 ejemplares» (Lyons, 2001, pág. 542).

Sin embargo, añade Lyons (2001, pág. 543), «los nuevos lectores del siglo XIX constituían una fuente de beneficios, pero también causaron no poca inquietud a las élites. Las revoluciones de 1848 se achacaron en parte a la difusión de la literatura subversiva y socialista al alcance del trabajador urbano y de un nuevo público rural». De ahí que pronto se intentara controlar a la población a través de la lectura. Y se tuvo un cierto éxito en ello, por diferentes vías como la constitución de un «canon» de lecturas (sobre el «canon» literario véase Ovejero, 2007b) o la creación de bibliotecas públicas que, al igual que las escuelas de las fábricas, «eran un instrumento de control social destinado a incorporar a una juiciosa élite trabajadora al sistema de valores de las clases dirigentes» (Lyons, 2001, pág. 570). Y es que si el poder comenzó penalizando a los escritores, pronto se dio cuenta que era más eficaz controlar, sutilmente, la lectura (Foucault, 1970), pues para que funcione este control basta con que «las lecturas del público que hay que alfabetizar y educar (y, por tanto, adoctrinar) estén orientadas hacia un determinado corpus de obras y no hacia otro, hacia un canon fijo que puede ser más o menos amplio, más liberal o más restrictivo, pero que se impone exactamente como un canon, es decir, como un valor indiscutible que hay que asumir en cuanto tal. Según las definiciones corrientes, el 'canon' es un 'elenco de obras o de autores propuesto como norma y como modelo'; cada cultura escrita ha tenido uno o más cánones válidos absolutamente o en ámbitos concretos (religioso, literario, etcétera). Asimismo, nuestra tradición literaria occidental ha elaborado uno, suficientemente amplio para satisfacer las necesidades de la industria editorial, pero también lo bastante rígido para reproducir los valores ideológicos, culturales y políticos que están en la base de la visión del mundo occidental desde hace dos siglos hasta este

momento y que incluye autores y obras desde Homero a los *maitres à penser* del Collège de France» (Petrucci, 2001, pág. 599).

La digitalización de los libros: otra forma de leer

Si cada forma de leer produce un tipo diferente de lector y, por tanto, de sujeto, habría que analizar cómo la transformación radical que en la actual era digital está sufriendo el libro –y la lectura– están afectando a la conducta y la forma de ser de los lectores. Como ya he dicho, la expansión de la lectura va estrechamente unida a la expansión del libro, de forma que aunque la historia de la lectura tiene ya varios milenios, sin embargo su expansión es relativamente reciente, con cuatro hitos fundamentales: 1) la invención de la imprenta, en el siglo XV, por parte de Gutenberg; 2) la industrialización de la impresión de los libros, ya en el siglo XIX; 3) la multiplicación de las tiradas, dando lugar a la aparición del libro de bolsillo, en el siglo XX; y 4) la actual digitalización de los textos. Por tanto, en la historia del libro la digital no es la primera ruptura que existe, pero sí es la más importante, la más brutal. Lo dice claramente Roger Chartier (2000, pág. 59): «Es por ello que esta revolución basada en la ruptura de la continuidad y en la necesidad de aprendizajes radicalmente nuevos y, por lo tanto, la necesidad de tomar cierta distancia con hábitos ya adquiridos, registra pocos precedentes tan violentos en la larga historia de la cultura escrita». Como en la época de la imprenta, pero de manera aún más intensa, añade Chartier (2000, pp. 110-111), «el tiempo del texto electrónico está atravesando por importantes tensiones entre diferentes futuros: la multiplicación y yuxtaposición de comunidades separadas, opuestas, cimentadas por los usos específicos que hacen de las nuevas técnicas; la apropiación, por parte de las empresas multimedia más poderosas,

del control sobre la constitución de las bases de datos numéricos y la producción o la circulación de la información, o bien la constitución de un público universal, definido por la posible participación de cada uno de sus miembros en el examen crítico de los discursos intercambiables. La comunicación a distancia, libre e inmediata que la red permite establecer puede dar por resultado cualquiera de estas virtualidades. Puede llevar a la pérdida de toda referencia común, a la separación radical de las identidades, a la exacerbación de los particularismos. O, por el contrario, puede imponer la hegemonía de un modelo cultural único y la destrucción, siempre mutiladora, de las diversidades. Pero también puede producir una nueva modalidad de constitución y de comunicación de los conocimientos que no sería ya solamente el registro de ciencias ya establecidas, sino además, a la manera de las correspondencias o periódicos de la antigua República de las Letras, una construcción colectiva del saber en virtud del intercambio de conocimientos, de habilidades y de sabidurías». Solo el futuro nos irá desvelando las consecuencias de esta revolución digital y sus efectos sobre la constitución del hombre y la mujer postmodernos.

Lo que sí sabemos es que esta revolución electrónica, y la consiguiente digitalización del libro, están haciendo posible la realización del viejo sueño de la *biblioteca universal*, una biblioteca en la que se encuentren todos los textos y todos los libros existentes, así como también la existencia de una enciclopedia que vaya mucho más allá de los sueños de los ilustrados, pues son potenciales autores de la misma millones de personas: Wikipedia. Y también sabemos que con la edición electrónica de los libros se abre la posibilidad de que se cumpla otro de los sueños de la Ilustración de que todos los lectores se conviertan en críticos. Pero a la vez, si estos no tienen la humildad suficiente,

puede destrozar la función crítica, pues todos se sentirán con la suficiente capacidad para criticar cualquier cosa sin tener la base imprescindible para ello. Además, existe otro riesgo: al ponerse la producción de juicios personales, es decir, la actividad crítica, al alcance de cada lector, «la crítica, como profesión específica, corre el riesgo de desaparecer. En el fondo, la idea kantiana según la cual todos deben poder expresar su juicio libremente, sin restricciones, encuentra su soporte material y técnico en el texto electrónico» (Chartier, 2000, pág. 19).

Soy de los que piensan que la revolución electrónica no significa en absoluto la muerte del libro sino solo su transformación, eso sí, la mayor transformación ocurrida hasta ahora, con sus ventajas y sus inconvenientes, y que abre inmensas posibilidades para la lectura, para la escritura y para la crítica, pero también para el control social por parte de los distintos poderes. Lo que habrá que hacer es embarcarse en la tarea colectiva de minimizar sus riesgos y maximizar sus posibilidades. La digitalización de los textos tiene, pues, indudablemente muchas ventajas, pero tiene también sus riesgos, otro de los cuales es el *exceso*. Como escribe el citado Chartier (2000, pág. 113), «la multiplicación de la producción manuscrita y luego impresa fue percibida muy pronto como un terrible peligro. La proliferación puede convertirse en caos, y la abundancia en un obstáculo para el conocimiento. Para poder dominarlos es menester disponer de los instrumentos capaces de seleccionar, clasificar y jerarquizar», cosa que no todos poseen.

Todo parece indicar, pues, que el «canon» de la cultura escrita occidental, propio de la Modernidad, está terminando y está siendo sustituido por otro, postmoderno, que aún no sabemos muy bien cómo será ni qué consecuencias tendrá. Como señala

Petrucci (2001), ésta es la tercera vez que en Occidente se produce un cambio de «canon». La primera vez tuvo lugar entre los siglos III y V cuando la cultura cristiana se rebeló contra la tradición pagana e impuso su «canon» en lugar del que incluía a autores paganos griegos y latinos. La segunda se dio entre los siglos XIV y XV, cuando los humanistas italianos rechazaron el «canon» propio de la cultura escolástica y opusieron otro repertorio de autores sobre todo clásicos latinos y griegos. En ninguno de esos dos casos los rechazos fueron totales; los cristianos no renunciaron a Virgilio, y los humanistas no renunciaron a los padres de la Iglesia, y algunas partes de los «cánones» anteriores, con el tiempo, fueron reabsorbidas por los nuevos que los habían sustituido. Todo parece indicar que esta tercera ruptura tampoco renunciará a los grandes autores del pasado, pero sí supondrá algunos cambios esenciales que no se dieron en las dos anteriores, cambios relacionados principalmente con la relación entre el lector y el libro. «El nuevo modo de leer influye en el papel social y en la presencia del libro en la sociedad contemporánea, contribuyendo a modificarlo con respecto al pasado más próximo, como es fácil constatar si examinamos las modalidades de conservación... Las modalidades de su conservación están en estrecha relación con las de su utilización: si éstas son causales, originales y libres, el libro carecerá de un lugar establecido y de una colocación segura. Mientras los libros sean conservados, se encontrarán entre los demás objetos y con los otros elementos de un tipo de mobiliario muy variado y seguirán su misma suerte que es, en gran medida, inexorablemente efímera. Todo ello termina por tener a su vez algún reflejo en los hábitos de lectura, en el sentido de que la breve conservación y la ausencia de una colocación concreta y, por tanto, de una localización segura, hacen difícil,

incluso imposible una operación que se repetía en el pasado: la de la relectura de una obra ya leída, y que derivaba estrechamente de una concepción del libro como un texto para reflexionar, aprender, respetar y recordar; muy diferente al concepto actual del libro como puro y simple objeto de uso instantáneo, para consumir, perder o inclusive tirarlo en cuanto se ha leído» (Petrucci, 2001, págs. 621-622). Sin embargo, falta por conocer las consecuencias que tendrá todo ello y a dónde nos llevará este proceso de «postmodernización» de la lectura.

En conclusión, conocemos cómo la historia de la lectura y las diferentes formas de leer han influido en la construcción del hombre y de la mujer modernos, pero lo que no sabemos es cómo influirán en la transformación del hombre y de la mujer actuales, de sus mentalidades y de sus comportamientos, los importantes cambios que ahora mismo están produciéndose en el ámbito del libro a través, por ejemplo, de Internet, así como en los hábitos lectores de los hombres y las mujeres contemporáneos. «No sabemos qué tipo de práctica la sustituirá, porque no sabemos tampoco cuál será el destino del libro impreso. Solo sabemos que deberemos adivinarlo a partir de una masa inmensa de mensajes cifrados, oblicuos, mezclados. Hacerlo dependerá de la experiencia de la Historia en que consiste, en buena parte, la experiencia de la literatura» (Catelli, 2001, pág. 197). Lo que sí sabemos es que si cambian en profundidad las prácticas de lectura —y ya lo están haciendo—, cambiará también la psicología de los hombres y de las mujeres y cambiarán también hasta sus relaciones interpersonales, al igual que ocurrió ya con el paso de la lectura intensiva a la lectura extensiva. Lo que desconocemos es hacia dónde irán tales cambios ni cómo influirá en los hombres y mujeres del mañana la paulatina, y parece que

imparable, sustitución de los libros por las pantallas, en una vuelta a atrás realmente preocupante (Sartori, 1997) y, a la vez, en un salto hacia delante con consecuencias, de momento, completamente desconocidas.

Referencias bibliográficas

- BRUNER, J. (1991). *Actos de significado: Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza (original, 1990).
- BRUNER, J. WEISSER, S. (1991). "The invention of self: Autobiography and its forms". En D.R. Olson y N. Torrance (Eds.): *Literacy and orality* (pp.129-148). Cambridge: Cambridge University Press.
- CATELLI, N. (2001). *Testimonios tangibles*. Barcelona: Anagrama.
- CHARTIER, R. (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- CHARTIER, R. (2000). *Las revoluciones de la cultura escrita*. Barcelona: Gedisa.
- CHARTIER, R. (2001). «Lecturas y lectores "populares" desde el Renacimiento hasta la época clásica». En Giuglielmo Cavallo y Roger Chartier (2001): *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 469-493). Madrid: Taurus.
- CHEVALIER, Maxime (1976). *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Madrid: Ediciones Turner.
- ELIAS, Norbert (1993). *El proceso de civilización*. Madrid: F.C.E.
- FOUCAULT, Michel (1971). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets (original, 1970).
- FOUCAULT, M. (1995). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- FRENK, M. (1982). «"Lectores y oidores": La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro». En G. Bellini (Ed.): *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Vol. I, pp. 101-123). Roma: Bulzoni.
- GIDDENS, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Ed. 62 (original, 1991).
- GOODY, J. (1990). *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*. Madrid: Alianza (original, 1988).
- HAUSER, A. (1993). *Historia social de la literatura y del arte* (Vol. 2). Barcelona: Labor (original, 1951).
- JAHODA, G. (2007). *A history of social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KLEIN, N. (2007). *La doctrina del "shock": El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.
- LE BON, G. (1983). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata (original, 1895).
- LYONS, Martyn (2001). «Los nuevos lectores del siglo XIX: Mujeres, niños, obreros». En Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (2001): *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 539-589). Madrid: Taurus.
- MARAVALL, J. A. (1972). *El mundo social de "La Celestina"*. Madrid: Gredos.
- OLSON, D. R. (1998). *El mundo sobre el papel: El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. Barcelona: Gedisa (original, 1994).
- OVEJERO, A. (2007a). Presentación del Simposium "Psicología Social y Literatura". X Congreso Nacional de Psicología Social. Cádiz (Septiembre de 2007).
- OVEJERO, A. (2007b). «Psicología social y literatura: la cuestión del canon». En Simposium: "Psicología Social y Literatura". X Congreso Nacional de Psicología Social. Cádiz (Septiembre de 2007).
- OVEJERO, A. (2007c). «Sigmund Freud: Reflexiones sobre una historia de vida». *Encuentros en Psicología Social*, 4, 41-51.
- OVEJERO, A. (2007d). «Una aproximación a la psicología social del psicoanálisis: ¿Es el psicoanálisis una ciencia, una mitología o una impostura?». *Encuentros en Psicología Social*, 4, 52-63.
- OVEJERO, A. (2008). «Algunas reflexiones sobre la relación entre la Psicología Social y la Literatura». *Atenea Digital*, 13, 225-235.

OVEJERO, A. (2009). «Lectura literaria y construcción del sujeto moderno». En Simposio coordinado por A. Ovejero Bernal: *Psicología social y literatura: la construcción de la subjetividad*. Tarragona: XI Congreso Nacional de Psicología Social.

OVEJERO, A. (2011). «Psicología y contexto social: El desarrollo histórico de la psicología social y sus implicaciones para el futuro». En A. Ovejero y J. Ramos (Eds.). *Psicología Social Crítica* (pp. 25-47). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

PÉREZ ÁLVAREZ, M. (1992). *Ciudad, individuo y psicología: Freud, detective privado*. Madrid: Siglo XXI.

PETRUCCI, A. (2001). «Leer por leer: Un porvenir para la lectura». En G. Cavallo y R. Chartier (2001): *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 591-625). Madrid: Taurus

PIGLIA, R. (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.

SARTORI, G. (1997). *Homo videns*. Madrid: Taurus.

SENNETT, R. (2001). *El declive del hombre público*. Barcelona: Península (original, 1974).

SIGHELE, S. (1892). *La foule criminelle*. París: Alcan.

SUÁREZ CORTINA, M. (2006): *La sombra del pasado: Novela e historia en Galdós, Unamuno y Valle-Inclán*. Madrid: Biblioteca Nueva.

WITTMANN, R. (2001). «¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?». En G. Cavallo y R. Chartier (2001): *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 495-537). Madrid: Taurus.